

# Trilogía de cuentos

## Uno

### Naturaleza y bruma (Cuento inspirado por Cizul)

*Y si pudiera torcer el tiempo, haría un círculo infinito,  
para volverte a conocer una y otra vez.*

Fabio Dario Rojas-Rivera<sup>1</sup>

Todo empezó con la bruma, esa pesada, solitaria y etérea bruma. Siempre pensé que este fenómeno se producía cuando el aire húmedo y cálido se movía por encima de la superficie del agua fría. Era para mí solo entendible desde la forma sinuosa y predecible que puede explicar la ciencia, mas nunca vi las formas, ni percibí los sonidos o los olores que partían de ella.

De repente, la ráfaga aliviadora de una pleamar lavó en un momento la suciedad de la bruma y apareció ante mí, arremolinada en colores ámbar y púrpura, una fuerza que no pude describir en mi primera visión, y encontré la mística fuerza de la naturaleza.

Fue un día como todos, nunca he sido un hombre supersticioso, pero creo que hasta el día de hoy no puedo explicar lo que pasó en aquel momento. Mientras contemplaba exhorto el valle, a lo lejos, entre la bruma y el mar, empecé a sentir una fuerza que se transmitía desde el suelo con un ritmo cadencioso, una cierta fuerza de la naturaleza despertando, salvaje, fuerte, imparable. Sentí que conocía ese movimiento, pero no lo asociaba a ningún ser específico, y entonces la vi: un embrollo de fuerza y furia que levantaba tormentas a sus pies.

<sup>1</sup> Magíster en Investigación de Mercados y Análisis de datos, Universidad Internacional de La Rioja, España. Psicólogo, Universidad de Nariño. Docente Hora Cátedra del Programa de Psicología, Universidad CESMAG. Correos electrónicos: fdrojas@unicesmag.edu.co; fadaro\_psico@hotmail.com

El polvo se arremolinaba alrededor de los árboles, dejando el camino despejado para esta figura mítica. Un personaje hecho de la fuerza elemental de la naturaleza. A lo lejos, frente a su cabello café y dorado parecían formarse nubes que silbaban líneas blancas sobre ella. Era un huracán indomable, se abría paso con autoridad y devoción, los demás seres se inclinaban ante ese poder, se acercó a mí, y su furia se convirtió en ternura, en cariño intenso, me miró, y me perdí en su fragor, en su fuerza.

Se quedó conmigo y me miró con ojos que no eran de este mundo, me llevó al centro de su huracán, donde ella era la esencia misma de la fuerza de la naturaleza. Sus ojos que podían perderse en el infinito, se posaban en los míos. Cuando me atravesó con su mirada, no podía cerrar los ojos por miedo a perder la imagen de vitalidad que tenía y el tiempo se detuvo. El centro del huracán empezó a cambiar, se tornó café por momentos, dorado por otros, ella me veía y yo la veía, y logró ponerme fuera del bostezo sideral.

El arremolinado y caótico movimiento se volvió una suave melodía y entendí que ese palpar y esa calma era para mí, que nos habíamos conectado de una manera extraña y profunda sin saber como, dejó algo de ella en mí, esa fuerza natural imparables, mística, histórica.

Terminó de girar con furia, dejé de llamarla a lo lejos y me habló directamente. Volví al ámbar de sus ojos, le pedí que tuviera forma humana y su primera respuesta fue el silencio. Con la seguridad de lo salvaje, se negó, y se marchó con una sonrisa.

Desde aquel día, creo más en lo místico, veo en la bruma sus formas y la recuerdo, pero más que todo evoco su fuerza, ese poder imbatible, natural y rítmico que yacía dentro de ella.

Se que nunca nos volveremos a encontrar, tal vez en el exilio o en una celda personal el recuerdo volverá a mí, ella atravesó mi historia personal como un ave rapaz, algún día yo seré naturaleza y ella será la bruma.

Dos

## De sueños, movimientos y recuerdos (25 de octubre) (Cuento inspirado por Cizul)

Subo las escaleras pesadamente,  
aun me enredo en el escalón desnivelado  
en el camino a verte.

La música suena a lo lejos  
Como ensoñaciones febriles de primavera.

Me asomo con cuidado por la ventana  
estás bailando una vez más,  
das vueltas etérea, eterna y plácida.  
Con cuidado tus piecillos dibujan arcoíris sobre el suelo,  
entro en silencio detrás de ti,  
tu cabello tiene formas curiosas que me hacen reír.

Nuestras miradas se cruzan  
y mil vidas pasan por ellas, eones de amor y deseo.  
Saltas a mis brazos, te beso, me besas,  
hablamos calmados de nuestros días  
mientras nos volvemos a perder en nuestras miradas  
como explosiones de supernovas fantásticas.

Como todas las noches preparas un té de frutos rojos  
que por el calor y la textura parece como si la naturaleza y la  
bruma se juntaran.

Sigues con los sánduches,  
en un movimiento furtivo me ubico detrás de ti,  
espero recordar tus finos movimientos al bailar,  
beso tu cuello, levanto tu ropa y me pierdo en los remolinos de  
tu cabello;  
intentas negarte, y me miras de reojo con ideas febriles.

La negación sigue a la preocupación de que algún intruso nos  
interrumpa,  
pero nadie pasa, es nuestro momento  
y nos encontramos de nuevo, sobre el piso frío, en el mesón de  
la cocina.

Como huracanes despegando de la tierra  
el sánduche se quema, el agua se evapora,  
me regañas porque es la cuarta vez en este mes que pasa.

Me obligas a bañarme contigo, y nos vamos a descansar;  
nuestra piel húmeda y sedosa recuerda el silencio de los  
bosques.  
Entre el armatoste de cuatro patas ahora eres tu quien seduce,  
me pides que haga lo que más te gusta  
y me aparto para que sea Morfeo quien te tome en sus brazos.

Soy siempre el primero en abrir los ojos.  
Un minuto antes de despertar acaricio tus tres canas que  
adoro,  
son hilos de marfil en un paisaje de bosques cafés.  
Acaricias mis cejas con ternura, mientras recorres  
con mano firme mi espalda que aprietas con fuerza sobre ti.

Alisto los huevos, el cereal, el te de la mañana, los sánduches.  
Mientras estoy en la cocina te levantas, te pones en mi  
espalda,  
me besas, me dices que aún sueñas conmigo,  
que en tus sueños se combina lo maravilloso de nuestros días,  
me ves como un hombre de marfil, seguro y sereno,  
vuelves a recordarme que me amas,  
me concentro en tu tibia mano sobre mi pecho,  
mi corazón late con furia, como tormenta provocada.

Deseo no voltearme, quiero esa furia en mi pecho,  
se como terminará todo  
y efectivamente, termina como siempre;  
los huevos se queman, el agua se evapora,  
es la quinta vez que pasa en este mes.  
Solo desayunaremos cereal.  
Me miras con una sonrisa de oreja a oreja.

## Tres

# Efigie (Cuento)

Cierta vez, después de arduos trabajos y complejos  
avatares, me encontré a mí mismo transformado en una  
figura de mármol, construido por calcita y dolomita  
compacta, de textura cristalina blanca, compuesta de  
crema de marfil y rojo alicante. Las formas perfectas de  
mi figura eran el reflejo de como me veían los otros, de  
la admiración por una vida de trabajo honesto y compro-  
metido, estaba sobre un pedestal de plata y bronce con  
mi nombre tallado en letras de color dorado. La gente se  
acercaba a saludarme y su devoción me rejuvenecía en  
las formas más bellas posibles, me admiraban,  
buscaban mi sombra para calmar sus penas y mis  
manos para alcanzar sus metas.

De entre todas ellas, una resaltó sobre el resto,  
estaba allí hace tiempo, pero no la escuché entre las  
tantas voces que me adoraban, sus ojos brillaban más  
que los otros; había esperado mucho tiempo para que  
me fijé en ella, en esa espera hasta sus cabellos se  
volvieron blanquecinos, me admiró, una y mil noches.

Al final fijé mis ojos de mármol sobre los cafés de ella;  
brillaban con destellos de mil colores, de nuestras aventu-  
ras por vivir, pero también tenían la melancolía de una vida  
pasada por el sufrimiento y el dolor; y allí ya solos los dos,  
entre la espera eterna que ella congeló, bajé de mi  
pedestal y la tomé entre mis brazos fuertes y resistentes,  
atrás quedó mi nombre y algo que olvidé hace tiempo.  
Empezamos a vernos fuera de mi zona segura y me  
convertí en carne, ella me preguntaba, me besaba, me  
abrazaba a diario, bailaba para mí y me hacía brillar con

más fuerza. Al pasar los días solo empecé a verla a ella, a fijarme solo en ella, me admiraba, la admiraba, empezó a volverse de mármol, empecé a suplir sus necesidades, cada capricho, y cada vez fui perdiendo brillo, el poco mármol que quedaba se deslució.

Dejé de ser mármol, de ser hombre y me convertí en una máquina que estaba a su voluntad, me usó para sus necesidades y fingí que era lo que quería, me convertí en una máquina que sangra; ella adoró otra figura de mármol, más brillante, sin las cargas que traía mi imagen, y me quedé mientras ella se alejaba; y cada vez me sentía más triste, mis engranajes de máquina se gastaban manchados por la sangre que corría al sentir su desprecio, hasta que un día, se fue para siempre, y no volví a saber de ella. Mis engranes manchados y oxidados por la bruma, quedaron expuestos a la naturaleza sombría del paisaje que me rodeaba, y no quise saber más, me dejé oxidar, y sangraba más cada día, volví casi por instinto e inercia al pedestal en el que me habían subido otros brazos, y en la oscuridad y la sombra encontré una versión de mí mismo, una versión de carne y hueso, desgastada, deslucida, vulnerable, temerosa y sin aliento.

Enfrenté lo vulnerable y volvió a mí. Frente al pedestal abandonado aún se percibía la estatua derruida de mármol sin soportes, opacada porque no tenía las miradas de otros.

Y en la eternidad contemplé esas dos figuras, me di cuenta que nunca fui ninguna de las dos, y el tiempo se detuvo, cronos tuvo piedad de mí y me permitió que los antiguos gestos se hicieran música y las ideas se perdieron tras la fría cortina de la racionalidad, allí donde mi recuerdo es infinito y eterno; allí guardé silencio por mis culpas, como un honor y tributo a mi nombre, y busqué ayuda para entender y comprenderme.

Manos de todos los colores y formas aparecieron, y reconstruyeron mi figura paso a paso, desde los huesos hasta la carne, mis facciones y mi ánimo.

Y bajé del pedestal, dejé el mármol, dejé de ser una máquina que sangra, aprendí a verme en mis ojos, aprendí a abrazar mi vulnerabilidad, caminé entre hombres, mujeres y gigantes, vi los rostros y sus sonrisas, dejé de ver su admiración y su cariño, y aprendí a caminar sin verme en los ojos de otros; supongo que en el éter infinito, los buenos momentos que pasamos con otros tienen ecos en el presente y nos ayudan a seguir adelante.